CREACION Y CRITICA EN CASTILLO-PUCHE

La voz del escritor sincero en el mundo de hoy —tanto en los países socialistas o capitalistas— es una voz disidente y crítica; su espíritu subversivo erosiona los tinglados anticuados de instituciones, teologías y metafísicas obsoletas. El escritor se enfrenta con el dilema de ser simultaneamente testigo de su época y crear una obra artística. Esto lo ha comprendido y lo vive con enorme honradez Castillo-Puche; su literatura es crítica de dos maneras: como crítica social y como creación verbal. El valor de su obra reside en su fidelidad a una doble exigencia: la social y la artística.

La obra de Castillo-Puche pone en entredicho la realidad del mundo y del ser humano por medio de su lenguaje; corroe nuestras certidumbres sociales, metafísicas y lingüísticas. En ninguna novela es esto tan evidente como en su última, *Jeremías el anarquista* (1) segunda parte de la trilogía *El cíngulo.*

La trilogía presenta una problemática religiosa; es una revisión del catolicismo español y del sacerdocio católico como confrontación y contienda del hombre con su vocación. Castillo-Puche explora el sacerdocio católico como fracaso e impotencia, porque cree que la crisis actual de la Iglesia acaso manifiesta la imposibilidad de un sacerdocio sin la aceptación del fracaso humano; según el autor aquí reside «el secreto del ministerio, porque también Cristo fue un fracasado, el gran fracasado desde el punto de vista humano. Quizás eso nos quiso enseñar y sobre todo a sus ministros» (2).

Como ovejas al matadero, la primera parte de la trilogía con una intención revisionaista del individuo frente a imposiciones eclesiásticas, examinaba el proceso de formación educativo en el seminario español anteconciliar; desarrollaba el conflicto de la carne frente al imperativo sacerdotal de la castidad en la naturaleza vigorosamente sexualizada de Alfredo; anticipaba también, vistas las premisas, la colisión en el sacerdocio de Ramiro, Fulgencio y Cosme en la violencia de la guerra civil (estamos en Murcia en el verano de 1936).

La acción de *Jeremías* se sitúa en Nueva York a treinta y tantos años de distancia temporal de *Como ovejas;* la peripecia gira en torno

---

(1) «La tercera novela de la trilogía, aunque puede todavía sufrir modificaciones, será la culminación de esta trilogía revisiva de la Iglesia; tendrá lugar en el *teatro romano,* en torno al Vaticano; será el choque entre la Iglesia oficial y la que se perfila en el futuro, una Iglesia viva y primitiva a la vez; expondrá el conflicto del mundo que fenece con sus fórmulas viejas y su hipocresía frente al mundo nuevo que se lanza al camino con la guitarra al hombro cantando el Evengelio desnudo; una renovación de la Iglesia Primitiva, una nueva Edad Antigua de la Iglesia lista para sufrir la controversia y el escándalo purificador»; esto ha dicho Castillo-Puche en conversación personal con la autora del presente ensayo.

(2) Anne Leroux: «El "Jeremías" de José Luis Castillo-Puche», *ABC* (13 julio, 1975), p. 23.

a una operación terrorista: el secuestro fallido de una alta personalidad vaticana —el «monsignore» observador en la ONU— para conmover la opinión mundial sobre determinadas realidades españolas (3), pero la peripecia es accesoria a la novela.

Jeremías continúa la trayectoria dinámica religiosa y conflictiva de *Como ovejas* circunscrita en una dialéctica de signo trascendente. Castillo-Puche prosigue su revisón a fondo de las actitudes del catolicismo español revelando los riesgos de nuestras convicciones; revela también la pugna entre la libertad íntima individual y las exigencias eclesiásticas (contrato sagrado, la lealtad a la vocación del sacerdocio) y las imposiciones sociales. *Jeremías* es en cierta forma un exabrupto jeremíaco sobre la desintegración, la desbandada, la deserción casi en masa que ocurre en el clero español y es atrozmente evidente en Nueva York y otras grandes ciudades de América donde van a parar con sus huesos los «curas liberados».

En *Jeremías* se nos da cuenta de los cuatro ordenados, protagonistas de la primera parte. Cosme, un homosexual, ordenado sólo en la periferia de su ser en evidente degradación de su compromiso sacerdotal, concluye trágicamente; sabemos su destino a través del nivel emocional de Fulgencio, el sólo sobreviviente del grupo: «El caso de Cosme, Dios haya tenido piedad de él, fue muy desdichado y yo, por ahora, prefiero no hablar de él... Cosme con su ambigua condición, muy pronto dio señales inequívocas de que el vicio incorregible había hecho presa en él, con escándalo para todos» (4). Alfredo, el ordenado onanista que enloqueció en el momento de su consagración, tuvo un papel exaltado en el ejército republicano; se le designaba con el apelativo del «cura loco»; abogaba un credo político-religioso marxista-evangélico. Ramiro pereció a manos de las turbas enfurecidas, que asaltaron el convento de monjas del cual era capellán. El asalto lo provocó una monjita —Sor María de la Santísima Trinidad— con su repicar de campanas en los días primeros de la guerra civil. Siempre a través del nivel emocional de Fulgencio, se presenta un admirable análisis de la historia y la perturbación psíquica, del falso místico. Sor María muestra todos los síntomas de la sobreexcitación y el agotamiento nerviosos de ciertas formas epileptoides. La vida conventual y la admiración velada de la comunidad intensifica su estado morboso, la razón enferma, la debilidad nerviosa de su pobre cuerpo empobrecido y enervado; se desenmascara agudamente la presunción vanidosa y la férrea voluntad de dominio de la monjita en sus actos extremos

(3) Florencio Martínez Ruiz: «J. L. Castillo-Puche: nueva (y estimulante) lectura del esperpento», *La Estafeta Literaria*, núm. 575, Madrid, 1 de noviembre de 1975, p. 2.227.

(4) Ediciones Destino: Barcelona, 1975; p. 238.

de abnegación, desprendimiento y renuncia de sí misma; es evidente que sus manifestaciones sublimes tienen una raíz profundamente patológica, y que siente Sor María verdadera fruición voluptuosa en hacerse violencia por exigencias excesivas en su propia carne (5).

Jeremías es un personaje característico en la obra de Castillo-Puche; es un alma amplia, que puede correr, extraviarse y errar al límite, y que se precipita en el azar; alma que huye de sí misma y viene al encuentro de sí misma en extensos círculos, alma en elevación y descenso, flujo y reflujo, caminante brava y paciente, impaciente de su propia liberación, contempladora de su gran dolor, porque para las criaturas literarias de Castillo-Puche el dolor más profundo es el dolor humano y donde se muestra la mayor y mejor fuerza del hombre; la mejor parte del hombre es su dolor y su lucha. Jeremías como los mejores protagonistas de Castillo-Puche es un desarraigado, un vagabundo, que lleva sobre sus hombros la carga pesada de sus dudas, de su problemática existencial, de todo lo que hay en el hombre de fragmentario y de enigmático, que busca desesperadamente el camino que le conduzca hacia él mismo, que sigue la voz de la rebeldía que le lleva hacia sí mismo, al encuentro y al reconocimiento de sí mismo, pero que le convierte en un extraño entre los demás hombres.

El nombre, Jeremías, es simbólico; según Castillo-Puche todo profeta es siempre un anarquista, porque en toda iluminación del porvenir hay un intento de derribo del presente. Además el profeta Jeremías de la tradición bíblica no fue un figurón plañidero, sino un espíritu insumiso de palabra iconoclasta y ardiente (6); de manera similar Jeremías, el anarquista de Castillo-Puche «es un vómito, un revulsivo, que en el propio fracaso encuentra la medida del fracaso de los demás» (7).

Jeremías ha luchado en la guerra civil de España por un ideal de libertad al que continúa fiel; ahora le hallamos en Estados Unidos

---

(5) El falso misticismo interesó a la novela realista española del siglo XIX; hablaron de este fenómeno con especial interés Palacio Valdés, y sobre todo Clarín en *La Regenta*. Nietzsche en *El Anticristo* —libro que lleva consigo Jeremías— se ocupa del misticismo en general; el ascetismo, la humildad, la santidad del místico —nos dice— es en el fondo vanidad enorme, tortura de sí mismo y mofa de su naturaleza humana; este *spernere et sperni*, a que han dado tanta importancia las religiones es esencialmente un grado de altísima vanidad, y toda la moral del sermón de la montaña se halla en este caso; una excitación extraordinaria, provocada como alivio del *tedium vitae* empuja al hombre a desear lo grande, lo violento, lo monstruoso y es entonces cuando descubre, que su propio sacrificio, su autolaceración, le producen enorme satisfacción. En la renuncia de sí mismo —analiza el psicólogo sutilísimo, que hay en Nietzsche— existe grandeza, que ha sido inculcada a la humanidad por largo hábito; el símbolo más fuerte, más eficaz de tal grandeza es para Nietzsche una divinidad que se ofreció a sí misma en sacrificio.

(6) Anne Leroux.

(7) *Ibidem.*

complicado en una acción revolucionaria en un papel subalterno: la presión del grupo revolucionario —que le niega inteligencia directora— le empuja a supeditarse a un traidor, al ex sacerdote Justo. Jeremías es consciente de que se ha convertido en un instrumento accesorio y de que existe en una función intermedia e ineficaz sin posible comunicación con los mismos miembros del grupo. El relato en primera persona del protagonista nace del hondo rencor de haberse dejado engañar por Justo, a pesar de presentir su traición (8). Jeremías escribe los hechos del atentado frustrado en la cárcel de Nueva York, y la novela nos anticipa una sangrienta ironía: los presos de la cárcel asesinarán a Jeremías, considerándolo erróneamente un confidente de la policía; es ésta la consecuencia última de la imposibilidad de Jeremías de establecer comunicación con los demás hombres. Jeremías —y de aquí su *pathos*— es un ingenuo, un iluso que se sacrifica estérilmente.

Jeremías no ha sido nunca sacerdote; es su ideología la que lleva a asociarse con sacerdotes, que se hallan en una fase de enajenación pseudoanarquista. En la novela de Castillo-Puche el sacerdote está marcado indeleblemente por el sacerdocio; es decir, el sacerdote católico no puede dejar de serlo, *no puede liberarse* de su antiguo ministerio; al mismo tiempo así como ha traicionado su antigua profesión de fe, así traicionará su nuevo credo político, el anarquismo. Castillo-Puche plantea la anarquía sacerdotal dentro del apostolado concreto; presenta una subversión total de los valores religiosos, la duda íntima se proyecta en la búsqueda de libertad; es el clérigo el hombre más propicio para el anarquismo, al perder la fe religiosa y rechazar el dogmatismo incondicional de la Iglesia, se vuelve escéptico, vengativo, demoledor; reacciona con profundo resentimiento ante una sociedad,

---

(8) Justo tiene el carácter simbólico de los sacerdotes de la novelística de Castillo-Puche como apunto más adelante. Justo, que aparece sólo a través del nivel emocional de Jeremías de su narrativa confesional y apasionada responde muy bien al análisis que del sacerdote nos hace *El Anticristo*, libro que significativamente Jeremías lleva consigo y lee constantemente; lo que Nietzsche nos dice en esta obra del sacerdote bien pudiera decirlo Jeremías, a quien en manera alguna debemos identificar con Castillo-Puche: «Mientras el sacerdote, este negador, detractor y envenenador profesional de la vida, sea tenido por un tipo humano superior, no hay respuesta a la pregunta: ¿qué es verdad? Se ha puesto la verdad patas arriba si el abogado consciente de la nada y de la negación es tenido por el representante de la "verdad"... Yo combato este instinto de teólogo; he encontrado su rastro en todas partes. Quien tiene en las venas sangre de teólogo adopta desde el principio una actitud *torcida* y *mendaz ante todas las cosas... cerrar los ojos de una vez por todas ante sí* mismo, para no sufrir el aspecto de una falsía incurable... es la modalidad más difundida, la propiamente *solapada*, de la *falsía*. Lo que un teólogo siente como verdadero no puede por menos de ser falso; casi pudiera decirse que se trata de un criterio de la verdad. Su más soterrado instinto de conservación prohíbe que la realidad sea verdadera, ni siquiera pueda manifestarse en punto alguno» (Biblioteca Edaf-bolsillo; Madrid, 1975, pp. 26-28); «Día llegará, lo prometo, en que se lo [al sacerdote] reputará el tipo humano más mendaz e indecente...» (*Ibíd.*, p. 204).

que tolera la superchería; él mismo se siente perpetrador y víctima de la superchería y el engaño; se ha convertido en un inadaptado, extranjero en todas partes y se pregunta el sentido de su nueva libertad mientras se consume en su llama de rebeldía; su circunstancia vital es precaria y sin alternativa ni solución; aspira a un ideal político-social y su indisciplina y vacilación ideológicas le hacen fluctuar entre el liderazgo político y la delación. Se comprende la atracción del ex clérigo por el anarquismo (9); hay definida afinidad entre el anarquista y el ex clérigo; ambos son tipos humanos conflictivos, desgarrados íntimamente, en pugna con ellos mismos y con la sociedad a la que quieren reformar.

En la novela de Castillo-Puche el anarquista no es hombre de consigna y programa, que se adhiere a una disciplina (10); es un impulsivo, que opera sobre la marcha en proceso constante de fermentación, de ebullición; dentro del partido tiene amplio margen para la espontaneidad y la acción individual y el libre examen; no opera con un plan rígidamente estructurado, y en él, actitud y acción son susceptibles de cambios por causas puramente afectivas, emocionales. *Jeremías* plantea inicialmente la anarquía sacerdotal dentro del apostolado concreto en la subversión total de los valores religiosos del catolicismo español, aunque no plantea la apostasía de su ortodoxia.

---

(9) En *El Anticristo* se nos dice que el sacerdote y el anarquista son ambos tipos decadentes como lo son también el cristiano y el anarquista: «Trazando un paralelo entre el *cristiano* y el *anarquista*, puede verse que su propósito, su instinto está orientado exclusivamente hacia la destrucción (p. 102); «El cristiano y el anarquista son *décadents*, incapaces de hacer otra cosa que disolver, emponzoñar, depauperar, desvitalizar» (p. 103); «El anarquista, como portavoz de capas *décadents* de la sociedad, reivindica con hermosa indignación "justicia" e "igualdad de derechos", se halla bajo la presión de su ignorancia, no sabe comprender *por qué* sufre y, en definitiva, es pobre en vida...» (p. 188).

(10) El anarquista español —y Castillo-Puche continúa esta trayectoria en su novela— es de gran fuerza expresiva literaria; la tradición anarquista en España va desde el panfleto, el sarcasmo caricaturesco y la proclama crítica hasta el manifiesto doctrinario utópico en su intento de crear una explicación racional, una tesis de su rebeldía destructiva; cree que todas las coacciones de la sociedad y la Iglesia pueden vencerse y alcanzar un reino liberado. Tiene este anarquismo también una parte constructiva profundamente idealista de carácter cristiano ¿quién lo duda? Aspira a una sociedad justa y armoniosa donde prevalezca la completa generosidad de corazón y libertad de espíritu; es la ciudad cristiana de Dios, la palingenesia, que corresponde a la ciudad laica perfecta, la expresión más poética y elevada del progreso humano. Baroja —maestro y amigo de Castillo-Puche— planteó en *Aurora Roja* el sueño anarquista de justicia y dicha universales. La parábola del anarquismo como una religión de carácter cristiano es evidente en la obra. Cristianismo y anarquismo participan de la misma idiosincrasia sentimental y en su forma más pura son la protesta de las clases despreciadas, de los exaltados y de los hambrientos. La rebeldía anarquista para Baroja tiene un sentido moral; es el altruismo, la bondad y la libertad de conciencia frente a la ley, el dogma y la imposición interior; Baroja y Castillo-Puche rechazan, pues, la interpretación nietzschana que ve en el cristiano y en el anarquista el «placer de lanzar diatribas en nombre de todos los pobres diablos, ya que proporciona una pequeña embriaguez de poder» (*El Anticristo*, p. 188).El espíritu que inspira la revolución es el del rencor y la venganza para Nietzsche. (*Ibid.*, 102, 103, 188).

En *El cíngulo* y *Jeremías* el sacerdote es profundamente simbólico, aun si semeja vertido de la realidad por su individualidad agónica y atormentada intensamente diferenciada; es un arquetipo que encuadra la crítica del sacerdocio a la interrogante: *¿Por qué soy sacerdote?* En la pregunta late un espíritu reformista que brota del sentimiento de frustración, de fracaso, de insubordinación y reproche ante su destino humano.

No sería exacto definir a Castillo-Puche como novelista católico; no hay apologética en su obra, ni problemática de fe o gracia; plantea siempre un problema humano, el choque del hombre con lo religioso, que se resuelve a veces negativamente desde el punto de vista católico; esto lo ha señalado ya sagazmente Sobejano:

> ... las novelas de Castillo-Puche pueden calificarse, si acaso, de «religiosas», pero no de «católicas». En propiedad sería más justo calificarlas de «existenciales» siempre que se precise que el sentimiento existencial presente en todas estas novelas arranca de una actitud moral (exploración del modo de conducta más auténtico) y no de posiciones intelectuales o filosóficas (11).

En Castillo-Puche el tema religioso, como dimensión esencial del ser humano, está vinculado a la indagación de autenticidad, al anhelo de vivir la existencia con sinceridad. La preocupación religiosa en su obra es consustancial en todo hombre, y su intento es precisamente *elucidar* tal problemática religiosa sin catequesis ni didáctica, con la objetividad inclemente del testimonio descarnado.

La literatura de Castillo-Puche es una profesión de fe; emerge de su espíritu profundamente religioso, y precisamente por ello acaso debamos definir a este autor como religioso y *ergo* polémico y controversial. Ya nos dice Kierkegaard: «El autor esencialmente religioso es siempre polémico» (12).

Como ovejas al matadero y *Jeremías* se hallan dentro de la trayectoria de problemática religiosa de la obra total de su autor, pero son —sobre todo *Jeremías*— obra más densa, más perfecta, más importante (13).

Ya la crítica ha señalado en *El cíngulo* —(es decir, en las dos primeras partes de la trilogía)— la madurez definitiva de su creador; la

---

(11) *Novela española de nuestro tiempo,* Madrid, Editorial Prensa Española, 1970, páginas 188-196).

(12) *Mi punto de vista,* Madrid, Aguilar, 1972, p. 80.

(13) Véase la certera reseña de Antonio Valencia sobre *Como ovejas* en «El sacerdote drama y problema», *Arriba* (18 agosto, 1972), p. 7.

reelaboración del problema religioso, que no rebasaba en otras obras el plano individual del protagonista, se eleva a un nivel sinfónico-épico (14).

Como ovejas al matadero mostraba ya una cuidada construcción con sus retrocesos en el tiempo, sus monólogos interiores, su prosa implacable y obsesionada; representaba un progreso formal definitivo en relación a su obra anterior; *Jeremías* muestra aún más trabajados técnica y lenguaje. El relato en primera persona del protagonista logra intensas y obsesivas gamas alucinantes de efecto caótico en su orquestación fantasmagórica y desbordante; el tono confesional y apasionado refleja la existencia del anarquista español Jeremías con su complejidad y ambivalencias; despliega la novela en expresión verbal perfectamente conseguida las facetas del mundo intrincado donde deambula el personaje (sentimental, político, religioso). La fobia antirreligiosa de Jeremías es una forma de obsesión religiosa, que su verborrea monománica y disolvente convoca caricaturesca, y esperpéntica. La religión se ha convertido en la enemiga, en la herida en el costado de Jeremías; pero religión y antirreligión no son antagónicas en el anarquista; su ateísmo no es frío, racionalista; es un ateísmo amargo y trágico, que niega la religión con la misma exaltación, que una fe ardiente la afirma. La blasfemia de Jeremías brota de una rebeldía deísta, que intenta exterminar la idea de Dios; su enconamiento antirreligioso nace de su drama religioso, de la visión de un universo atormentado, preñado de misterios, desgarrado en su ambigüedad esencial, que corroe sus certidumbres y pone en tela de juicio la realidad y el ser. El lenguaje de *Jeremías* es profundamente subversivo en dos planos, como crítica social (15) y como creación verbal al poner en entredicho la realidad del mundo y del hombre. *Jeremías* es, pues, una novela muy moderna en técnica y lenguaje; es una novela caótica en el sentido que diría Lukacs de *totalidad creada*, de caos en proceso revelador y develador, que convoca una época como la nuestra, esencialmente iconoclasta y de transmutación de valores, de ruptura y disensión.—*MARIA EMBEITA (Sweet Briar College. Sweet Briar, Va. 24595. USA).*

---

(14) Gemma Roberts: «Autor dice su Verdad en "Como Ovejas al Matadero"», *El Diario, La Prensa*, New York, 12 junio 1972, p. 19; Santiago García Díez, «El cíngulo», *Reseña*, número 50, diciembre 1971, pp. 598-599.

(15) Castillo-Puche no es un escritor estetizante en el sentido de hallarse preocupado únicamente en *el arte por el arte*. La dimensión social es importantísima en toda su obra y está presente siempre en ella. No estamos de acuerdo con la crítica que no ha visto esta dimensión social como Santos Sanz Villanueva, *Tendencias de la novela actual* (Madrid, *Cuadernos para el Diálogo*, 1972), p. 101. El verdadero escritor religioso es polémico y controversial —como afirmábamos anteriormente— y mira su tiempo, su mundo con ojos escrutadores y subversivos, demoledores de ídolos de falsos valores.